

tes manos fué formada la naturaleza humana y creados de la nada todos los seres del universo.

Mas el Verbo creador tenía ya vida y existencia antes de la aparición exterior y visible del mundo, y su vida no tuvo principio, así como no tendrá fin; y aunque es engendrado por su Eterno Padre, no hay, ni se concibe un solo instante, ni un solo momento, en que el Padre esté sin su Hijo, sino que, siendo Él eterno, le engendró con eterna generación; y, por lo tanto, el Verbo es tan eterno como su Padre, tan inmenso como el Padre y tan infinito en todos sus atributos y perfecciones como lo es el Padre. En esas misteriosas profundidades de una incalculable é incomprendible eternidad es donde ha de buscarse el origen del Verbo eterno que, revestido de carne humana, había de nacer en Belén; y allí ha de estudiarse y meditarse su genealogía, que no tiene antepasados, para verle llevar una vida de complacencia infinita y de infinito amor, que no es dado concebir ni comprender á nuestra limitada inteligencia.

En aquellas regiones eternas de existencia increada, y antes del nacimiento del tiempo, era ya la humana naturaleza conocida y amada por el Verbo, que había de encarnarse y tomarla sobre sí para llevarla y conducirla, ennoblecida y sublimada, á esa vida triunfante que constituye nuestro verdadero y último destino, para ver allí á Dios como es en sí y para vivir por siempre y para siempre en unión dichosísima con Él. Por manera que el primer pensamiento, con prioridad de orden, refe-

rente al plan de la creación, tal como estaba supereminentemente en la inteligencia infinita de Dios, fué el de una naturaleza creada unida á la naturaleza increada en la persona divina del Verbo, y, por consiguiente, el primer aspecto bajo el cual se mostraba la creación entre aquellos eternos resplandores fué e aspecto del Niño de Belén; y en esa venturosa mirada se encontraba el punto de enlace, la unión de lo finito con lo infinito y de la criatura con el Criador.

La naturaleza creada, la santa humanidad escogida desde toda la eternidad para unirse al Verbo increado, no solamente es la primera, la más preclara y excelente de todas las criaturas, sino que además es la causa de todas ellas. Es la razón de ser, la única explicación, la única regla y la fiel medida de las obras exteriores de Dios; y á la luz de esa predestinación de Jesucristo debemos considerar toda vida, toda ciencia, toda historia, todas las grandezas de los ángeles, todos los destinos de los hombres y todos los primores y bellezas que presenta el firmamento, tachonado de esplendorosas estrellas, y la naturaleza entera, alfombrada de variadas, delicadas y aromáticas flores.

La venida del Verbo encarnado, la unión hipostática de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la divina persona del Hijo eterno del eterno Padre, era el deseo de todos los pueblos, de todas las razas y de todas las naciones; era la esperanza de toda la humanidad doliente y afligida en su mísero destierro, y el pensamiento que, más ó menos puro, se encuen-

tra en todas las teogonías y en los anales de todos los pueblos. Estudiando la naturaleza de nuestras almas y examinando sus esperanzas eternas, su modo de pensar, de vivir y de obrar, sus condiciones, su estado y sus fases, unas veces llenas de valor, otras vencidas por el desaliento, no puede ménos de verse claramente que el misterio de la Encarnación las es tan necesario y tan indispensable á toda hora y en todo momento como necesarios son á la vida física el aire, el calor, el frío y la luz.

El autor de la *Vida de Jesús* expone, en su primera parte, esa necesidad de una manera admirable; manifiesta, primero, lo que es el hombre, su naturaleza y su origen, refutando el transformismo y demás sistemas materialistas que pretenden encontrar la genealogía de la estirpe humana en un vegetal ó en un cuadrúpedo; demuestra las relaciones y deberes que le ligan para con Dios; y después de pasar una revista general á todas las escuelas, academias y sabios de la antigüedad, y de manifestar las máximas y sentencias de la razón más culta y desarrollada, representada en Solón, Sócrates, Platón, Cicerón, Séneca, Horacio, Ovidio y otros muchos hombres eminentes en la filosofía y en las letras, establece la insuficiencia de la humana inteligencia para conocer por sí misma el misterio del Verbo encarnado, su impotencia para cumplir los deberes que de esa sobrenatural y fundamental verdad surgen para todos los hombres, la necesidad de la revelación positiva y el auxilio de la divina gracia para esperar, creer, conocer y amar al Mesías ver-

dadero, y, por fin, pone con orden y gran lucidez bíblica las magnificencias de la infinita bondad y misericordia de Dios, ocupándose en hablar á los hombres en símbolos y profecías y en instruirles por sí mismo y por sus enviados en todas las verdades de la Ley, escogiendo, para que ésta se conservase pura é inalterable, un pueblo predilecto que la guardase y la mirase como el principio fundamental de su dicha y de su engrandecimiento en medio de la decadencia y prevaricación general de los hombres.

Dedúcese de semejante demostración que el Verbo encarnado, místico y hermoso sol de la justicia, es necesario á todos los hombres, aún á los mismos que le niegan y desprecian; y para alumbrarlos á todos y sacarlos de las tinieblas del error fué enviado por su eterno Padre. Al misterio, pues, de la Encarnación se debe toda virtud, toda vida, todo bien, todo consuelo; y de tal manera está ligado ese misterio de amor con la creación toda entera, con el orden de la naturaleza, con el de la gracia, con la gloria, con lo pasado, con lo presente y con el porvenir; de tal modo contiene y abraza las relaciones todas de la criatura con el Criador, que, según la actual economía de los inescrutables y altísimos designios de Dios, es imposible separarle del portentoso misterio de la creación; y aún pudiera decirse que la Encarnación no es otra cosa sino el Creador mismo revelándose y manifestándose á sus criaturas de un modo infinitamente más grandioso y profundo, pues nos descubre mucho

mayor número de perfecciones divinas, y con una claridad tal, que nos muestra su espléndida hermosura y la existencia de arcanos y misterios consoladores que la naturaleza hubiera tenido escondidos para nosotros.

Tomando por guía y por segura luz los santos Evangelios, se ocupa después el autor en referir el nacimiento temporal de Jesucristo y el modo maravilloso con que en ese venturoso acontecimiento quedaron cumplidos los vaticinios, realizadas las predicciones proféticas y llenados los deseos de todos los pueblos y de todas las gentes, que por tanto tiempo habían elevado sus plegarias al cielo, á fin de que enviase el Justo á la tierra y fuera completamente restaurado en Cristo y por Cristo todo lo que había sido perturbado y caído en Adán prevaricador.

La presencia real de Jesucristo en la tierra, habitando en carne mortal entre los hombres, produce un mundo nuevo; y la segunda parte de esta obra está toda entera destinada á exponer las nuevas relaciones que se establecen entre los hombres, el desarrollo lento y suave del nuevo orden de cosas, los efectos maravillosos que la vista de Jesús causa en las almas, su espiritual belleza, las circunstancias extraordinarias de su nacimiento en una gruta, los personajes insignes que le acompañan, la encantadora y sobrenatural belleza de su Santísima Madre, el corazón lleno de rectitud y de pureza de su padre putativo, la paz que á la sazón había en el mundo, el anuncio de los ángeles entonando cánticos en el aire, los pastores alternando en

sus veladas, los tres príncipes orientales guiados por el esplendor de un astro de singular belleza, el doloroso lamento de los inocentes, los gemidos de sus inconsolables madres, la sagacidad maliciosa y el cruel corazón de Herodes, el misterio de la Circuncisión, la huída á Egipto, los ejemplos de amor y de edificación que la Sagrada Familia dejó en las arenas del desierto y en las orillas del Nilo, el dulce arrobamiento del anciano Simeón al coger en sus brazos al Deseado de las gentes y Gloria de Israel, el asombro de los doctores de la Ley oyendo la explicación de los labios de Jesús, la vida oculta que, sumiso á sus padres, hizo en Nazaret, todos esos memorables lugares, todos esos esclarecidos personajes, todos esos sucesos tan misteriosos y tan interesantes de la vida de Jesús llenan de dulce encanto á las almas, derraman torrentes de ternura en los corazones, aumentan la alegría en el mundo, llenan de esperanza y de consuelo á los mortales, y, en una palabra, la presencia real de Jesús en este mundo convierte la tierra en un cielo de felicidad y de ventura, porque donde quiera que se encuentra el Verbo encarnado lleva consigo el cielo, y todo cuanto toca con sus sagrados piés ó bendice con sus divinas manos queda santificado; pues no solamente Él es la santidad misma, sino que además es santificador y glorificador, y la eficacia de sus perfecciones y virtudes es tanta, que su humildad nos hace humildes, su pureza nos purifica, y su caridad y dulzura se imprimen en las almas que le contemplan.

Como el mundo sobrenatural y el orden divino, que Jesucristo había de establecer, debía ser perenne, perpetuo, inalterable y que durase mientras hubiese almas que santificar y pecadores que convertir, era necesario darle organización, enriquecerle de tesoros de celestial doctrina, basarle en fundamentos sólidos é inquebrantables, dejarle sapientísimas leyes para regirse, determinar el principio de autoridad, modelar el sistema propio de su gobierno, y revestirle, en fin, de las condiciones y caracteres necesarios para que esa obra del amor divino no pudiera jamás confundirse con las creaciones transitorias é ineficaces de los hombres.

Mas el reino de Jesucristo en este mundo es su Iglesia santa, pura é inmaculada; y con el fin de fabricar esa Arca misteriosa del Nuevo Testamento, en que pudieran salvarse todos los náufragos del diluvio universal, causado por la prevaricación original, salió Jesucristo de la pacífica mansión de Nazaret, puso fin á su vida oculta y principió á ejercer su ministerio público de una manera solemne y oficial, no sin haberse antes preparado con cuarenta días de penitencia en el desierto, con el triunfo conseguido sobre el tentador Satanás, con la asombrosa humildad manifestada en las aguas del Jordán y con la indulgente bondad de su providencia infinita, dejándose vencer dulcemente de los ruegos de su amantísima Madre en las bodas de Caná.

Con estilo purísimo y lucidez singular se exponen en esta segunda parte los trabajos y el celo divino del Salvador em-

pleados para la predicación de su doctrina; sus viajes, sus misiones, sus milagros, sus parábolas, sus ejemplos, sus privaciones; la elección de sus discípulos, la institución del Apostolado, la potestad conferida á San Pedro, el primado de honor y de jurisdicción de que le investió sobre toda la Iglesia, los enfermos curados, la vista restituida á los ciegos, el movimiento á los tullidos, el bien y bendiciones que derramaba por doquiera que pasaba, la conversión de los pecadores, la penetración y conocimiento de los pensamientos ocultos y de los deseos escondidos en los corazones, la envidia é hipocresía de los fariseos, el odio y la persecución de los escribas, la multiplicación de los panes, la pesca milagrosa, las numerosas conversiones, la multitud de gentes que le seguían, atraídas por la unción de su palabra, por la dulzura de su semblante, por el candor de sus miradas y por la divina hermosura de su augusta persona; la institución de la sagrada Eucaristía, la oración del huerto, la traición de Judas, la negación de San Pedro, el abandono en que le dejan sus discípulos, los tormentos de su pasión y muerte, su descenso al Limbo de los justos, su gloriosa Resurrección, las apariciones á su Santísima Madre, á las santas mujeres y á sus discípulos; la potestad que les dió para retener y perdonar los pecados, su Ascensión á los cielos y la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles; todos esos divinos desvelos, tantos amorosos afanes, tantos sacrificios heroicos y tantos prodigios, fueron obrados por nuestro dulcísimo Salvador durante los tres

años de su vida pública, para enriquecer de ese modo á su Iglesia santa de abundantes é incontrastables motivos de credibilidad, á fin de que, brillando como un sol esplendoroso en medio de este mundo, no pudiera jamás confundirse con ninguna de las innumerables sectas que habían de nacer del orgullo y de las pasiones, y también para que fuera inexcusable la indiferencia y resistencia de los que se obstinasen en no entrar en ella para participar de los bienes inapreciables de la familia cristiana y para vivir del espíritu de Jesucristo, que es el que la anima, guía y sostiene en la sucesión de los tiempos.

Las parábolas sencillas, á la vez que sublimes y sapientísimas, de las cuales se servía Jesucristo para enseñar al pueblo, se hallan explicadas y expuestas con tanta claridad y con tanto acierto, que, más bien que una historia de ellas, constituye la exposición de las mismas una colección de homilias y un cuerpo de doctrina altamente interesante é instructiva, cuyo mérito resalta con evidencia y cuya lectura, á la vez que agradable y amena por la variedad de datos y conocimientos que revela, es altamente recomendable para aprender los deberes que nos impone nuestra santa religión, para admirar la sublimidad y grandeza de los misterios de nuestra santa fe, para ver con mayor claridad la infinita misericordia y providencia de Dios hacia el hombre, y para conocer la perfección y hermosura de la doctrina evangélica, con el fin de que el alma se resuelva á practicarla y goce así de la legítima influencia que debe de tener, tanto

en el individuo como en la sociedad, en bien de la moral cristiana y de las costumbres públicas.

Si interesante y sumamente instructiva es la exposición de las parábolas evangélicas, y la explicación moral de todas y cada una de las circunstancias que acompañaron á los milagros y acciones del Salvador durante los tres años de su público ministerio, no es lo ménos, ni reviste menor importancia, la historia de Jesús viviendo y perpetuándose en la Iglesia que fundó, en la historia, en la literatura, en la ciencia y en las artes, de cuyos puntos importantísimos y de notoria trascendencia trata la tercera parte de esta obra.

En grandes y brillantes hechos aparece palpable y evidente la vitalidad de Jesucristo en su Iglesia, que es su reino, su dulce embeleso, sus amores, su castísima Esposa y el tabernáculo sagrado de marfil en donde se complace residir y colocar su habitual morada. Merced al principio divino de que quiso informarla, pudo la Iglesia vencer las terribles y bárbaras resistencias que por espacio de tres siglos encontró en el paganismo, en los emperadores, en la filosofía, en la superstición y en las costumbres populares, para abrirse paso en el mundo y poder difundir la luz de su salvadora doctrina por la sociedad. Sólo en virtud de esos gérmenes fecundísimos de vida divina, que llevaba en su seno, después de salir de las catacumbas, que fueron un cielo de mártires y de santos en la tierra, pudo también emprender nuevos combates, no ménos dolorosos y formidables, contra las

herejías, contra los cismas, contra el culto y fanatismo de Mahoma y contra la envidia, la guerra y usurpaciones de los emperadores, así de Oriente como de Occidente, y salir triunfante y cada vez más hermosa y renovada, como la juventud del águila, de los errores y sofismas con que el espíritu de independencia y de soberbia pretendía oscurecer y reformar la doctrina evangélica y los principios esenciales y fundamentales del Cristianismo.

Se revela también la doctrina de Jesucristo de un modo más grandioso y sorprendente en esa admirable serie de santos, de héroes, de sabios y de artistas que, brotando del riquísimo y amenísimo jardín de la Iglesia, han sido el asombro del mundo y han llevado por todas partes los ejemplos de edificantes virtudes, los tesoros de la verdadera ciencia, las luces de la divina revelación, y los principios de justicia, de humanidad y de orden, en que deben descansar las constituciones de los pueblos y el progreso de la civilización que enaltece al hombre y le conduce á la dicha de su último fin.

Aun cuando no hubiera otras pruebas de la vida de Jesucristo continuada en la historia y en la sociedad, bastaría el encontrarla, como se encuentra, siendo la causa y principio generatriz de todo el orden sobrenatural en el mundo, pues de ella son efecto las revelaciones, los milagros, las profecías, las misteriosas operaciones de la gracia, la eficacia de los sacramentos, los oficios ministeriales de los ángeles y la justicia de todas las

legislaciones. Á ese principio sobrenatural, que influye sobre nuestras almas como el astro de la noche sobre los mares y como el sol en la naturaleza, debemos todo cuanto dulcifica las amarguras de nuestra vida, cuanto alivia nuestra indigencia, cuanto suaviza nuestras penas y todo, en fin, cuanto nos hace soportables las tribulaciones de este mundo. Por la esplendente luz que la vida perfectísima de Jesús nos dejó al pasar sobre la tierra conocemos también el misterio de la Santísima Trinidad, los designios de Dios en lo concerniente á las jerarquías angélicas, á la prevaricación del hombre, al origen del mal moral, al plan de la Redención y á los principales artículos y verdades de la fe.

Todavía merece un particular estudio la manera tan maravillosa con que la docta pluma de Mr. Veuillot ha sabido presentar las glorias y grandezas del Pontificado, su vida potente y vigorosa, su acción creadora llenando el mundo de obras restauradoras, encaminadas á enaltecer la humanidad y sacarla de su abyección; la majestuosa dinastía de santos y sabios Pontífices que, principiando en San Pedro, Príncipe de los Apóstoles y primer Vicario de Jesucristo en la tierra, se ha perpetuado hasta nuestros días, conservando en su organismo, en su divina constitución y en su enseñanza, los principios íntegros é inalterables sobre que la fundó el Hijo de Dios, hasta el punto de que el esclarecido y magnánimo Pontífice Leon XIII no tiene ningún otro soberano que le iguale, ni siquiera se le aproxime,

en la plenitud de potestad de que está investido, ni en los testimonios de sincero amor y de gustosa y voluntaria obediencia que recibe de innumerables pueblos, que le aclaman por su padre y por su *Padre Santo*; la serie de imponentes asambleas conciliares que han nacido de la vida poderosa del Pontificado, que es la vida de Jesucristo aplicada en esa forma á salvar el mundo con doctrina, con moral, con dogmas, con leyes y con cánones definidos y establecidos entre los resplandores de divina asistencia; y, finalmente, las órdenes monásticas y tantos institutos religiosos que, como otros tantos preciosos vástagos, han salido y recibido su vitalidad de la Cátedra Pontificia, y, movidos á impulsos del espíritu divino, se han propagado y extendido por toda la tierra, anunciando por todas partes el nombre de Cristo, predicando su santo Evangelio y llamando á todos los hombres á que se incorporen á Cristo y entren en su Iglesia santa, para que en ella se salven y no haya en el mundo más que un solo redil con un solo pastor. Esa apología del Pontificado, tan magnífica, tan grandiosa y tan admirablemente hecha, es de gran importancia y reviste especial valor y altísimo mérito en las actuales circunstancias, en que todas las sectas y el espíritu del mal parece se han puesto de acuerdo y dado la consigna en todos los países para combatirle y hasta, si posible fuera, destruirle. Además de trabajo literario tan interesante, el lector encontrará también en él un tratado completo de derecho público eclesiástico con que puede prepararse y armarse para de-

fender la libertad é independencia de la Iglesia, y para combatir la omnipotencia opresora de los Estados modernos, los abusos de sus regalías, la injusticia de sus usurpaciones y la indecorosa cuanto indigna inconsecuencia en que incurren, mientras que, levantando por bandera propia la de un liberalismo ateo, mil veces condenado, no hay nadie que tema más que ellos la libertad que proclaman, ni que en la vida práctica de los pueblos y de las instituciones sea más bárbaro y opresor.

Finalmente, se halla en esta obra un tratado interesante, cuyo laudable fin es demostrar que Jesucristo continúa viviendo y ejerciendo su divina acción, no solamente en la ciencia, en la literatura, en los códigos, en las leyes y en la marcha social de los pueblos, sino también en las artes. Semejante trabajo, debido al aventajado y reputado ingenio de Mr. E. Cartier, demuestra con argumentación lógica y convincente que el arquetipo perfecto y acabadísimo del arte es Jesucristo, cuya belleza infinita es el origen absoluto é inmutable de todas las demás perfecciones que brillan en todos los objetos artísticos; y que, por consiguiente, fuera del arte cristiano y de las creaciones que se inspiren de su espíritu y se conformen con sus condiciones y caracteres, no pueden encontrarse jamás la unidad, la verdad y la bondad, que son las propiedades radicales y las notas constitutivas y características de la verdadera belleza.

Con ese criterio tan filosófico y tan racional explica después Mr. E. Cartier dónde se halla la cuna del arte cristiano, el


progresó y desarrollo de éste, su influencia en las diferentes escuelas, las maravillas que ha producido, guiado por la luz de la fe, en la pintura, arquitectura y escultura, y asimismo en el grabado y en la paleografía; califica el mérito de las obras maestras de mayor reputación, señala los defectos de otras, refiere el nombre de sus autores, compara éstos entre sí, y clasifica su estilo, su genio y su ideal; reprueba el arte pagano, condena el espíritu que dominó en las obras del Renacimiento, y reputa éste como el elemento destructor de la belleza y primores del arte cristiano, á quien hizo tanto daño como la herejía y la barbarie de los iconoclastas causó á las estatuas é imágenes de los templos católicos; y, últimamente, hace una crítica tan erudita, tan clara y tan detallada de las obras de los artistas más célebres, que fácilmente puede el lector adquirir conocimientos bastantes para apreciar el mérito de cualquiera objeto artístico, y para conocer la conformidad ó disconformidad que guarda con el arte cristiano y con el arquetipo de la verdadera belleza.

Por todas las precedentes consideraciones, y por la ilustración que adquieren los hechos históricos de esta obra con las preciosas láminas cromolitografiadas que oportunamente les explican y determinan en detalle sus circunstancias, es indudable que su lectura y conocimiento pueden ser altamente provechosos á toda clase de personas, bien tengan la dicha de ser creyentes, ó la desgracia de ser incrédulas, pues, en el primer caso, las confirmará más en la fe y las moverá á renovar y acre-

centar sus sentimientos de amor á Jesús, y en el segundo, las servirá para desvanecer sus errores, para conocer la verdad de la religión cristiana y para resolverse á profesarla y practicarla, cuyo saludable efecto, por su propia naturaleza, se encamina á promover la mayor gloria de Dios, el bien del pueblo cristiano y el honor y alabanza de nuestra Santa Madre Iglesia.

Ciriaco María, Obispo de Arcópolis, Auxiliar de Toledo.

Madrid 14 de Julio de 1881.





BIOGRAFÍA DE M. LUIS VEUILLOT

Monsieur Luis Veillot nació en 1814, de padres que ocupaban una oscura posición social, en Boynes, pueblecillo insignificante del departamento del Loire.

Á los dieciocho años de edad encontramos á M. Veillot de redactor de un periódico conservador de provincia, *El Eco de Rouen*; á los veinte le vemos de director del *Memorial de la Dordogne*; á los veinticuatro ya aparece en París escribiendo en *La Carta*, de 1830, y en *La Paz*, diarios ministeriales.

En 1839 entró en la administración del *Univers*, periódico entonces que apenas contaba con mil abonados, y del cual, como era natural sucediese, llegó á ser pronto director.

El *Univers*, al encargarse de él M. Veillot, sólo tenía una aspiración : conseguir la libertad de enseñanza, prometida por la Carta de 1830, pero que la Universidad no quería de ningún modo conceder. Compuesta la Universidad, en su mayor parte, de discípulos que seguían las inspiraciones de Cousin, Michelet, Quinet, Genin, Libri, eclécticos impíos ó demócratas ateos, los padres de familia católicos veían un peligro en poner en tales manos la educación de sus hijos, pidiendo, con arreglo á la Carta, se cortara, ó por lo ménos, se limitara el monopolio que estaba ejerciendo sobre la enseñanza la Universidad. Éste núcleo de padres de familia dió origen al partido católico, cuyo órgano más genuino, más activo y más considerado, ha sido y sigue siendo el *Univers*.

Fué adicto á Napoleón III hasta que Napoleón III, volviendo la espalda á los principios sociales que le dieron el imperio, dejó de representar la salvación de la Francia católica. Entonces Napoleón suprimió el *Univers*, permaneciendo muda durante bastantes años la elocuente pluma de M. Veuillot.

Volvió á aparecer el *Univers*, y Veuillot volvió á combatir con viril energía todas las formas y todos los matices de la revolución. Durante el sitio de París por los prusianos, no quiso abandonar la capital, como casi todos los periodistas liberales, permaneciendo en el puesto de honor hasta el fin de aquellos sucesos.

Luís Veuillot pasa por el primer prosista de Francia.

Nadie ha sabido dar mayor variedad y tintas más fuertes á su estilo, formas más diversas á la lengua, fuerza más extraordinaria á los argumentos, mayor alcance y profundidad á las ideas. Todo lo que escribe lleva un sello que le caracteriza. Tiene el arte, diría más bien el genio, de convertir en naturales, haciéndolas agradables, las transiciones más bruscas; y así se le ve descender de la alta elocuencia á la familiaridad, como pasar de la burla más cómica al razonamiento más serio, cuando en una no amalgama cosas tan opuestas. La ironía es su arma favorita, y, sin embargo, ¡cosa sorprendente en alto grado! no hay escritor que le aventaje en sensibilidad.

Todas estas cualidades brillan en sus obras literarias, políticas, históricas y religiosas: en *La Mujer honrada*, novela, que es una obra maestra de sentimiento y de originalidad, como en la *Vida del P. Muard*, en la que se encuentra la elocuente sencillez de los escritores ascéticos; en su *Refutación de algunos errores sobre el Pontificado*, como en el folleto político *Vindex* y *Espartaco*, que uno no se cansa de releer y de admirar. Aparte de estas obras, han salido de la pluma incansable de M. Veuillot *Las Peregrinaciones á Suiza*, *Los Libre-pensadores*, *La pequeña Filosofía*, *Esto y aquello*, *El Perfume de Roma*, *Los Olores de París*, la famosa *VIDA DE JESUCRISTO*, *Las Culebras* (sonetos), y otras ménos importantes, pero todas notables por los conceptos ya indicados.

PRIMERA PARTE

JESUCRISTO ESPERADO